

El Príncipe de La Paz nace entre nosotras y nosotros Nos invita a sembrar justicia y a construir vida y dignidad

MENSAJE DE NAVIDAD
Fr. Raúl Vera López, O.P.
Obispo Emérito de Saltillo
Diciembre del 2021

Muy queridas hermanas y muy queridos hermanos, llegamos a las fiestas de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Santísima Virgen María. Hemos recibido durante el tiempo de Adviento un significativo impulso espiritual para fortalecer nuestra esperanza en Dios, por el cúmulo de riqueza que trajo consigo para la vida del mundo y de quienes lo habitamos, el misterio que estamos conmemorando en estos días de Navidad.

Durante las semanas de preparación para estas fiestas, se han puesto a nuestra consideración los textos proféticos que desde antiguo han anunciado la llegada de Jesús al mundo, con el comienzo de una nueva era para toda la humanidad, y para abonar al gozo propio de estos días, traigo a su memoria alguno de dichos textos. Del profeta Miqueas escuchamos: “Belén Efratá, tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel: sus orígenes son antiguos, desde tiempos remotos. Él se mantendrá de pie y los apacentará con la fuerza del Señor, con la majestad del nombre del Señor, su Dios. Ellos habitarán tranquilos, porque la grandeza del que ha de nacer, llenará la tierra ¡Y él mismo será la paz!” (Mi.5,1.3). Y, propio de la Solemnidad de la Navidad, se nos presenta el siguiente texto de Isaías: “El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz: Sobre los que habitaban en el país de la oscuridad ha brillado una luz. Porque el yugo que pesaba sobre él, la barra sobre su espalda y el palo de su carcelero, todo eso lo has destrozado. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. La soberanía reposa sobre sus hombros y se le da por nombre: «Consejero admirable, Dios poderoso, Padre sempiterno, Príncipe de la paz»”. (Is.9,1.3.5).

El mismo hijo de Dios que como Persona divina que es *-la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo-* asumió nuestra naturaleza humana en su ser personal divino, sin disminuir en nada la dignidad que le corresponde como Dios verdadero. La condición humana que posee el Señor Jesús, que es en todo igual a la nuestra menos en el pecado, fue asumida sin sufrir ninguna alteración en sus funciones y facultades, adquiriendo también la dignidad divina. De ahí proviene la identidad con la que el ángel definió al recién nacido aquella noche, cuando les dio el anuncio de su nacimiento a los pastores que estaban velando, para cuidar sus rebaños, en los alrededores de Belén. Éstas fueron las palabras del Ángel: «No teman, pues les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David (Belén), les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc.2,10-11). En los textos bíblicos del Nuevo y Antiguo testamento en griego, el término Señor se reserva solamente a Dios.

La profecía de Miqueas habla del Mesías que nacerá en Belén. Él, contemporáneo de los profetas Oseas e Isaías, profetizó en el Reino de Judá a mediados del Siglo octavo

antes de Cristo. Por medio de él, Dios dice que a pesar de que Belén es el poblado más pequeño de todos los Clanes de Judá, de él saldrá un Rey que como jefe gobernará a Israel, dándole categoría de ser humano. El profeta, inspirado por Dios, anuncia la identidad divina de la que gozará ese personaje del que habla, cuando dice: “Sus orígenes son antiguos, desde tiempos remotos”. Isaías, por su parte y también inspirado por Dios, habla del nacimiento de Jesús: “Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. En su hombro traerá el señorío, y se llamará su nombre «Consejero admirable», «Dios Poderoso», «Padre Sempiterno», «Príncipe de Paz».”

Es Dios mismo quien no solamente vino a habitar entre nosotras y nosotros cuando vivió en la tierra los aproximadamente 33 años antes de ser crucificado, sino que se queda con nosotros, hasta el final de la historia del mundo (Cf. Mt 28.20). Por ello tenemos otra profecía de Isaías, citada por el evangelista San Mateo, para explicar que estaba anunciado que el Mesías nacería de una virgen y se le pondría Emmanuel, que significa *Dios-con-nosotros* (Cf. Is 7,14; Mt 1,22-23). Jesús se quedó a vivir en medio de la familia humana en esta tierra, y lo hace a través de quienes aceptamos su palabra y seguimos el modo de vida de servicio a quienes caminan junto a nosotras y nosotros, tal y como nos mostró con su ejemplo.

La urgencia que sentimos desde el Evangelio de Jesús, quienes nos consideramos sus seguidoras y seguidores, nos lleva por fuerza a entender nuestra pertenencia a la Iglesia de Jesús, levantando la mirada a otros miles de millones de personas que viven en relación con el Creador de este mundo y del universo. Muchos de ellos no están necesariamente vinculadas con los aspectos de nuestro ser cristiano o católico, y con quienes debemos entrar en un diálogo y una oración ecuménica para alcanzar la unidad por el bien y trabajo común, y mientras eso se va tejiendo, debemos arremangarnos la camisa y ponernos a luchar codo a codo, por la justicia y la dignidad para todas y todos quienes habitamos el planeta. En esta noble tarea que nos apremia para construir una mejor, más sana y más incluyente sociedad, debemos trabajar con quienes desde otros credos están al margen de la fe cristiana o que viven en convicciones de índole no religiosa, pero sí humana. Necesitamos aliarnos con personas con una grande sensibilidad ante las personas menos favorecidas, descartadas y víctimas de la violencia y el egoísmo humano, urge relacionarnos con quienes desde una enorme nobleza de espíritu y calidad humana, tengan influencia en la sociedad por sus virtudes morales, y estén dispuestas a luchar de manera comunitaria, sea local, nacional e internacional, contra lo que hoy se ha llamado las redes de macrocriminalidad.

El término engloba a grupos y personas sin escrúpulos ni conciencia ligados a la delincuencia organizada para generar una política y una economía criminal desde los espacios públicos, las empresas y los espacios financieros. Con ello, políticos y empresarios aliados a la delincuencia, no sólo harán negocios, sino que se darán protección entre sí para que con plena impunidad se realicen el tráfico de drogas, de armas, de personas, lavado de dinero, secuestros, y otros delitos y crímenes, en beneficio de los mismos políticos, empresarios, banqueros y criminales, sin importar el cártel del que se trate. Por ello se llaman macrocriminales, porque el crimen organizado paga la protección política y el lavado de dinero.

¿Por qué mencionar este mal aspecto de nuestra sociedad cuando hay voces celestiales que anuncian gloria y salvación? Porque este trabajo del Mal, que realiza compromisos de manera organizada que dañan la vida, es lo que Cristo vino a echar fuera. El autor del Mal, Satanás, vencido por nuestro Señor sigue teniendo efectos sobre nosotras y nosotros, por lo que debemos organizarnos para sobrepasarlos y construir un mundo de paz, en donde no haya desigualdad y se busque hacer el bien: “La sabiduría que descende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y sincera, el fruto de la justicia se siembra en paz para quienes hacen la paz”. (St. 3,17-18). Es increíble que quienes bautizados o no, no hayamos tejido aún a esta sociedad mexicana tan herida en la que la riqueza se acumula en poca manos, en donde las mayorías son las que viven en una pobreza lastimante, en donde se pasa hambre y la gente come desperdicios de los basureros, donde la población y sobre todo mujeres y niñas viven inseguridad y violencia a diario, donde mujeres y hombres obreros viven sin sus familias y en medio de una esclavitud moderna, donde la tierra se le roba a los pobladores originarios y se le lastima y explota sin escándalo, donde mueren decenas de migrantes y no exijamos el cese de autoridades cómplices. Ésta es la sociedad a la que llega el niño Jesús. ¿Por qué habrá elegido nacer en un pesebre entre personas que a la luz del sistema económico no tienen valor? ¿Qué significa su mensaje de paz y cuál es nuestra misión junto a el Príncipe de Paz?

La celebración de esta Navidad reaviva nuestra esperanza de que de manera organizada para hacer el bien, podemos transformar la soledad, la pobreza, el egoísmo y la ira, y vivamos en un lugar en donde todas y todos tengamos un lugar. El Papa Francisco, en su última Carta Encíclica, hablando de la virtud moral de la solidaridad dice: «Es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero» (Papa Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti, n. 116).

“Enfrentar los efectos destructores del Imperio dinero” a los que el Santo Padre se refiere, es hacer las opciones de Jesús, quien abiertamente opta por los pobres, cuando en el sermón de la montaña (Mt.5,3; Lc.6,29) proclama las bienaventuranzas y promete felicidad celestial a los pobres de la Tierra, porque suyo es el Reino de los cielos. No se trata de algo que recibirán en el futuro, como lo sentencian otras Bienaventuranzas en este mismo discurso, sino que Jesús dice en presente que las personas pobres ya están ahora viviendo en el Reino: “Porque es suyo el Reino de Dios”, dice San Lucas; “porque es de ellos el Reino de los cielos”, dice San Mateo.

La opción de Jesús por los pobres, también se manifiesta en el protocolo que tendrá para juzgarnos al final de nuestra vida personal y señalar nuestro derecho a entrar o no en su gloria. En el Evangelio de San Mateo (Cf. Mt.25,31-46), queda claro que nuestro buen actuar o mal actuar, tendrá como referente a las personas que sufren y con quienes nos toca vivir en nuestra generación. Cuando estemos cara a cara con el Señor Jesús, entenderemos cómo se identificó absolutamente con los pobres del mundo dándonos una lección y un ejemplo, para que aprendamos a hacerles lo que al mismo Cristo pretendemos hacer, y cuando actuemos contra la vida de la Tierra y sus

criaturas más sencillas, a Él en persona, lo hacemos. En la misma Encíclica que cité antes, el Papa nos invita a enfrentar “los destructores efectos del Imperio del dinero”.

Que la vida de Jesús, que en estos días nace para todas y todos nosotros, nos haga hermanas y hermanos capaces de salir al encuentro de quien más nos necesita. Que el niño que es Dios Todo Poderoso sea nuestro maestro y seamos capaces de actuar como sus verdaderos discípulos y verdaderas discípulas. Que el Príncipe de La Paz nos ayude a sembrar justicia y paz para todas la personas que habitamos el mundo. Que el Señor Jesús que está siempre con nosotras y nosotros nuestro, habitando nuestra vida y nuestro corazón, nos lleve por el camino de la construcción de este mundo con buenos cimientos, para que la sociedad que construimos sea fuerte, solidaria y fraterna, como también lo debe ser la Iglesia. Que la alegría de la Navidad llegue a través de nuestra presencia y acompañamiento, a todas las familias, a cada niña, niño, adolescente y joven, a cada adulto mayor, a cada persona privada de libertad, a quienes han perdido un ser querido recientemente, y que la presencia de Jesús en sus vidas, les llene de fuerza para continuar la lucha por un mundo mejor.

Con estos deseos y propósitos deseo para todas y todos una Feliz Navidad y un venturoso año 2022.